

“ET IN ARCADIA EGO”, DE LUIS CERNUDA*

Por ROGELIO REYES CANO

El poema del que voy a hablarles a ustedes –titulado “Luna llena en Semana Santa”– no puede entenderse sin aludir a la noción de tiempo. Una de las claves interpretativas que puede ayudarnos a entender la poesía del último Cernuda es su visión elegíaca de la temporalidad. Desde ese punto de vista, el escritor sevillano fue siempre un impenitente detractor del tiempo presente, una suerte de desterrado más del tiempo que de la tierra misma. Y así como el desterrado de la tierra busca su alivio en el deseo de recuperar el espacio que vive en su memoria, el perdedor del presente querrá refugiarse en el rescate del pasado. La clave de la fuga elegíaca de Cernuda hacia ese pasado no es otra que el deseo de abolir la conciencia del tiempo; no que el tiempo se detenga sino que no exista. De ahí su recurrente retorno a la arcadia infantil como espacio temporal que paradójicamente se ubica fuera del tiempo mismo y que posee, por lo tanto, un sello adánico y paradisíaco auténticamente pretemporal. Liberación del tiempo que me recuerda ahora aquella conocida vivencia de niñez (“Mi caña dulce”) que Antonio Machado evoca en su *Los*

* Texto leído por el autor en la mesa redonda organizada por esta Academia y la Fundación Cajasol, en paralelo con la exposición *In nomine Dei*.

complementarios, en la que habla de una Sevilla de sus recuerdos “que estaba fuera del mapa y del calendario”. Cernuda expresó con toda lucidez en un bello poema de *Ocnos* (“El tiempo”) esa misma plenitud pretemporal y el consiguiente desencanto que tras la expulsión del paraíso conduce a la muerte. El infierno del hombre –vino a decir– comienza cuando se instala en él, como al asalto, la aguda conciencia del tiempo:

Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza [...], y nos vemos sujetos al tiempo, obligados a contar con él, como si alguna colérica visión con espada centelleante nos arrojara del paraíso primero, donde todo hombre una vez ha vivido libre del agujón de la muerte.

La elegía de Cernuda por el tiempo ido tiene por ello un tinte paradójico, ya que de lo que se trata es de la nostalgia del “tiempo sin tiempo”. No tanto de huir al paraíso del pasado sino de refugiarse en el edén de la inconsciencia temporal, de la negación del tiempo mismo. Por eso afirmaría en *Ocnos*:

Desde niño, tan lejos como vaya mi recuerdo, he buscado siempre lo que no cambia, he deseado la eternidad. Todo contribuía alrededor mío, durante mis primeros años, a mantener en mí la ilusión y la creencia en lo permanente: la casa familiar inmutable, los accidentes idénticos de mi vida. Si algo cambiaba, era para volver más tarde a lo acostumbrado, sucediéndose todo como las estaciones en el ciclo del año, y tras la diversidad aparente siempre se traslucía la unidad íntima.

(“Escrito en el agua”)

Una vez descubierta para el niño la existencia del tiempo y expulsado para siempre del paraíso, sólo a la escritura poética le será dado el poder de rescatar la sensación de eternidad perdida, tal como había sido formulado por la tradición horaciana y petrarquista de la palabra que fija los hechos con más perdurabilidad que la piedra o que el bronce. Es en ese contexto mental y literario, que refleja una de las cuestiones angulares de toda la filosofía poética cernudiana, en el que sin duda hay que ubicar un texto como “Luna llena en Semana Santa”, uno de los más bellos poemas

elegíacos de toda su obra, escrito en México en 1961, publicado por vez primera en la revista malagueña *Caracola* en agosto del mismo año, e incorporado al libro *Desolación de la Quimera*, editado por Cernuda en 1962, un año antes de su repentina muerte:

Denso, suave, el aire
Orea tantas callejas,
Plazuelas, cuya alma
Es la flor del naranjo.
Resuenan cerca, lejos,
Clarines masculinos
Aquí, allí la flauta
Y oboe femeninos.
Mágica por el cielo
La luna fulge, llena
Luna de parasceve.
Azahar, luna, música,
Entrelazados, bañan
La ciudad toda. Y breve
Tu mente la contiene
En sí, como una mano
Amorosa. ¿Nostalgias?
No. Lo que así recreas
Es el tiempo sin tiempo
Del niño, los instintos
Aprendiendo la vida
Dichosamente, como
La planta nueva aprende
En suelo amigo. Eco
Que, a la doble distancia,
Generoso hoy te vuelve,
En leyenda, a tu origen.
Et in Arcadia ego.

En este poema ese rescate literario de la experiencia pretemporal se sustancia en la recreación lírica de uno de los espacios adánicos de Cernuda: su vivencia infantil de la Semana Santa de Sevilla. Desde su arranque el texto se concentra en una superposición de sensaciones recuperadas por la memoria del hombre que bordea ya los sesenta años y siente desde el exilio la mordedura del tiempo y la cercanía de la muerte. *Desolación de la quimera* tuvo mucho, como se sabe, de libro testamentario, de

recapitulación final y balance de la memoria. De ahí la evocación de esa Semana Santa abstraída de sus perfiles religiosos, sociales e incluso sentimentales; sin pasos, sin imágenes, sin nazarenos ni penitentes, sin público, evocada pura y simplemente como la gran fiesta de los sentidos gozada por el pequeño Adán esta vez no en el ámbito de un paraíso natural, como suele ser común a casi todas las recreaciones arcádicas por vía literaria, sino en un verdadero y más excepcional paraíso urbano, en una Sevilla asimilada a un “locus amoenus” de signo digamos civil (de *civitas*) que tal vez pueda entenderse a la luz de esa importante literatura sobre las ciudades que arranca del “fin de siglo” y se proyecta en las visiones urbanas de Juan Ramón Jiménez y los poetas del 27, legitimadoras de los valores de la urbe como auténtico espacio espiritual. La “ciudad toda”, no una ciudad inventada sino reflejada en su auténtica configuración espacial (con sus “callejas” y sus “plazuelas” como los dos elementos más definidores de su tejido arquitectónico) se rescata de la memoria como una embriagadora mixtura de percepciones táctiles (“denso, suave, el aire”), luces, aromas y sonidos (“azahar, luna, música”) donde el tiempo no existe. El autor soslaya el tópico olor del incienso, tal vez para evitar cualquier nota expresa de religiosidad. Y también, al igual que en *Ocnos*, toda alusión toponímica que hubiese sacado esas vivencias infantiles del marco intemporal que les da sentido. Por el contrario, liberada del tiempo, diluidos sus límites, cristalizada en sensaciones, la Sevilla del poema más parece la expresión de un estado interior que una realidad física. Un estado que el poeta evoca con ojos de pintor y de músico en una especie de nocturno que integra literatura y arte, y cuyo elemento esencial, que da título al poema, es la luz de la luna, esa luna llena de la noche del Viernes Santo que “baña la ciudad toda”.

Esta visión cernudiana de la Semana Santa centrada en la experiencia de los sentidos y desligada de toda referencia histórica e ideológica, contrasta con las que nos dejaron otros escritores sevillanos de su época. Con la de Antonio Machado, quien desde su filiación liberal y regeneracionista declara abiertamente su falta de sintonía con la “fe de [sus] mayores” (“La saeta”). O la de Cansinos Asséns, que en su novela *El manto de la Virgen* se desliza por audaces y tópicas asimilaciones mitológicas. O la de

Chaves Nogales, que en sus reportajes del diario madrileño *Ahora* (1935) escoge el camino del costumbrismo y la crítica social. Y la de tantos otros que han mirado el fenómeno de la Semana Santa de Sevilla dentro del discurrir del tiempo. Cernuda, por el contrario, al liberarlo de cualquier adherencia temporal, es decir, al sacarlo de la historia, lo concentra en la pura sensualidad de su infantil Arcadia. El paraíso del niño reside, “como la planta amiga”, en su fusión instintiva con la naturaleza, lo que convierte al poema en una cristalización de sensaciones evocadas desde una perspectiva final. Como Juan Ramón Jiménez, que muchos años antes había esencializado sus juveniles vivencias de la madrugada del Viernes Santo sevillano en un brevísimo poema en prosa destinado al libro *Sevilla* que nunca llegaría a publicarse en vida del poeta:

Sobre las calles a oriente, sobre las azoteas con
macetas y barandas se va viendo una luz plata; en
el fresco y puro aire matutino, aún oscuro, se oyen
volar palomas que no se ven.

El texto de Cernuda apunta, como antes el de Juan Ramón, al rescate mental de una rica experiencia de los sentidos, a la recreación poética (la única posible) de la felicidad anterior a la conciencia del tiempo. Fiel al viejo tópico –tan becqueriano– de lo inefable de la vivencia prelitteral, a la memoria de Cernuda sólo le podrá llegar un *eco* generoso de aquella felicidad. Y “a la doble distancia”, es decir, la que va del pasado al presente y del presente al pasado, de la vivencia a la evocación y de ésta a aquélla.

¿Por qué “en leyenda”? Esta afirmación ha suscitado diferentes interpretaciones críticas. Algunos autores la entienden como una más de las muchas alusiones de Cernuda a la visión, para él falsificada e injusta, de su persona que corría por España desde que Pedro Salinas lo describiera en 1945 como “el más licenciado Vidriera de todos, el que más aparta a la gente de sí, por temor de que le rompan algo, el más extraño”. Otros especialistas otorgan, sin embargo, a “leyenda” el significado más elevado y positivo de *mito*, es decir, de mecanismo literario que hace posible la reconstrucción de ese edén. Aunque esa vuelta,

más que una recuperación vivencial de aquel estado, sea una recuperación literaria, un modo de salvarlo por la palabra poética, recreando con cierto deje melancólico aquello que fue y que ya no es. Melancolía que daría sentido, en mi opinión, a la nota mortuoria abruptamente introducida por el *dictum* latino del último verso del poema: *Et in Arcadia ego*.

Cernuda aplica ahora un recurso de gran efecto muy usado en la lírica moderna: un verso de cierre que dota inesperadamente de sentido a todo el poema y obliga al lector a rectificar o al menos a matizar sus primeros juicios interpretativos. Ésta es, a mi juicio, la función otorgada en nuestro poema al célebre *dictum*, que tiene tras de sí una larga tradición literaria y pictórica, especialmente en el bucolismo renacentista y en el del siglo XVIII, y que Cernuda pudo leer, entre otras muchas fuentes posibles, en dos conocidos cuadros del siglo XVII.

Uno es del pintor italiano Francesco Barbieri “Il Guercino”, titulado “I pastori d’Arcadia” (1618), en el que dos pastores contemplan un cráneo humano bajo la cual se ha grabado la frase. Otro, del mismo título, lo pintó el francés Nicolás Poussin, muy admirado por el poeta sevillano. En esta última pintura un grupo de pastores, en medio de un paisaje de gran belleza, contemplan la tumba de otro pastor, un monumento funerario en el que también aparece el famoso lema. Lema que, más que un desengaño de signo mortuario (el *memento mori* de la tradición cristiana) lo que parece sugerir tanto en un cuadro como en el otro es la nostalgia de una vivencia paradisíaca, de una perdida Arcadia. Fiel a esa misma línea de sosegada melancolía, el *Et in Arcadia ego* cernudiano ha de ser, pues, traducido con un leve matiz de tiempo pasado y de amable interpelación a los observadores, como si estuviese diciendo: “[Recordad] que también yo estuve en la Arcadia”, es decir, “También yo viví lo que vosotros estáis viviendo ahora”; “También yo un día fui feliz como vosotros”. El carácter sentencioso y universal del *dictum* explica la ausencia de la forma verbal y exige la traducción de la partícula *et* no en su habitual función de nexo copulativo sino como elemento de intensificación de toda la frase, equivalente al español *también*.

“Luna llena en Semana Santa” es, por todo ello, un poema ambivalente. A pesar de esa nota fúnebre de su final, más parece

un elogio a la eternidad de lo vivido que una elegía a lo perecedero. Lo que el lector percibe no es tanto la insistencia en la idea de muerte como la agridulce melancolía desde la que se reconstruye el paraíso perdido. Cernuda, recreando poéticamente un motivo pictórico, en una más que evidente fijación al principio de integración entre las artes (*Ut pictura poesis*), asume la voz del pastor muerto y deja constancia de su experiencia de la felicidad con ese mismo epitafio definidor. Una experiencia que está vinculada a la intemporalidad del niño y que sólo será recuperable por el milagro de la palabra poética.